CONVERSACIÓN CON LEOPOLDO DE LUIS

por Elsa y Jorge Urrutia

El 11 de mayo de 1917, en una casa cordobesa de la calle de Ambrosio Morales, esquina a la calle del Reloj, justo enfrente del edificio que hoy ocupa la Real Academia de Ciencias, Bellas Artes y Buenas Letras de Córdoba, nació Leopoldo, hijo de un elegante abogado originario de La Coruña, pero absolutamente cordobés, Alejandro Urrutia Cabezón, y de una joven castellana descendida a Andalucía para acompañar a su esposo, que había acudido a hacerse cargo del negocio familiar, Vicenta de Luis Pérez.

Alejandro había estudiado en las Universidades de Murcia y Madrid, doctorándose con un profesor krausista, Adolfo Posada. Sus padres, Román Urrutia y Paz Cabezón, eran palentinos y se habían instalado en Córdoba porque allí los habían llevado las actividades profesionales del marido, relacionadas con la hacienda pública. Alejandro, el hijo mayor, se había criado en el amor por aquella ciudad andaluza y era amigo de artistas e intelectuales como Julio Romero de Torres o Juan Díaz del Moral. Publicó también algunos libros de prosa y de poesía, como Un libro *(1910) o* Versos *(1915). Unas líneas del prólogo a este último libro son dignas de destacarse: «Cumpla su modesta misión este mi libro (del que hago una edición de 50 ejemplares) con llegar a mis amigos predilectos [...]. Padecemos en España exceso de versificadores, con más o menos de poetas de veras, y nos inundan las librerías [...] con desahogos poéticos*

1. La madre, la hermana y Leopoldo niño.
2. 1927, familia Urrutia en Valladolid.

que, como estas cosas de este libro mío, hechas para uso privado de uno, sin molestar al prójimo, no turbarían la que debe ser augusta mansión noble de la república de las verdaderas y bellas letras». El buen sentido y la modestia que demuestran permanecen, sin duda, en el hijo que luego sería el poeta Leopoldo de Luis.

Al poco tiempo de nacer marcha el matrimonio Urrutia de Luis junto a sus dos hijos, Teresa, la mayor, y Leopoldo, a Valladolid. De allí habían venido porque Alejandro trabajaba como abogado en un banco, empleo que perdió por solidarizarse con una huelga obrera. Regresaban ahora porque los reclamaba la familia de Vicenta, doña María Pérez y don Leopoldo Luis Cea, propietario de la famosa farmacia del doctor Cea, en la calle Regalado, y de un laboratorio de apósitos premiado internacionalmente, situado en el Paseo de las Moreras, en cuyo jardín jugaría el niño Leopoldo. Córdoba quedaba en las conversaciones soñadoras del padre, que le hablaba a los chicos de las calles mágicas por donde podrían pasear los protagonistas de leyendas medievales en las que moros, judíos y cristianos se reparten el protagonismo. Una ciudad de la amistad, en la que la familia volverá a repudiarse en los momentos duros de la posguerra.

En Valladolid cursaría sus primeros estudios, aunque terminaría el bachillerato en Madrid. En aquella ciudad castellana empezó sus lecturas y publicó

3. El colegio, segundo por la izquierda en la fila superior.

sus primeros poemas, a través de su compañero de clase y amigo Luis López Anglada, que también sería poeta. Las diferencias ideológicas y vitales nunca rompieron la amistad entre Leopoldo y Luis, y aún los vimos juntos en un homenaje del año 2003 en la Asociación de Escritores y Artistas Españoles.

Su hijo, Jorge Urrutia, y su nieta, Elsa Urrutia, sostuvimos una conversación con él, donde se desgranan recuerdos de su vida. Parte de la entrevista se publicó en la revista Leer, *con motivo de que se le concediera el Premio Nacional de las Letras. Dejemos ya que sea su voz la que fluya.*

LA JUVENTUD

... Empecé a escribir de muy joven, en el instituto, y le enseñaba poemas a don Narciso Alonso Cortés, pero mi primera intervención pública fue en 1935: con José Luis Gallego y un poeta de Huelva llamado Manuel Barroso hice una lectura poética en el Liceo Club Femenino de Madrid, que presidía doña Lola Rivas Cherif con María Teresa León y Halma Angélico. Fue comentada por el periódico *El Sol*. Los tres empezamos también a hacer una revista poética que se llamaba *Pregón Literario*, en la

4. 1932, familia Urrutia en Valladolid.
5. 1935, Leopoldo de Luis en Villalba.

que colaboró José Méndez Herrera. Sólo salieron dos números, de los que conservo el primero.

De los escritores consagrados, mi mayor amigo era entonces Germán Bleiberg, que me presentó a Miguel Hernández. Luego conozco a Jorge Renales —que más tarde firmaría Jorge Campos— y a Jacinto Luis Guereña, que marcharía al exilio francés. Al empezar la guerra, intervinimos en una guardería para hijos de milicianos. Yo doy clases, José Luis Gallego se ocupa de propiciar los viajes para llevar a la retaguardia a los niños. Los llevamos a Valencia, con una maestra de origen marroquí que se llamaba Fátima Hasen.

—*Pero tuviste relación con la Residencia de Estudiantes.*

La relación con la Residencia de Estudiantes es anterior. Viví en la residencia para menores. No pude entrar en el Instituto Escuela porque no había plazas y mi padre me llevó al Liceo Francés, aunque vivía en la residencia. Cuando terminé el bachillerato, instalada mi familia en Madrid, a través de Germán Bleiberg me proporcionaban invitaciones para acudir a algunos actos en el auditorio. Así, días antes de estallar la guerra, asistí a la conferencia «Política poética» de Juan Ramón Jiménez. Nos encontramos con la sorpresa de que no leyó él la conferencia; estaba allí pero dijo que estaba ronco.

6. 1937, Oficial del ejército de la República.
7. 1940, batallón de trabajadores en Jimena de la Frontera (Cádiz), con Maruja.

—¿Por entonces conoces a otros escritores?

Conozco primero a Altolaguirre y a Concha Méndez. Luego a Alberti. Yo enseñé a una niña alumna a recitar un poema de Alberti. Se lo dije y nos citó enfrente del Teatro Español, en la plaza de Santa Ana. La niña recitó el poema muy bien. Pero como Alberti tenía un humor tan contradictorio, de repente le entró prisa, dijo tan sólo que muy bien y se marchó. Dejó a la pobre niña muy desilusionada.

Con Emilio Prados me encontré en Alicante y me pidió romances para el *Romancero de la guerra*. Al estallar la guerra había empezado a escribirlos. Escribí uno que, en principio, iba a ir dedicado a la protagonista de la obra *Nuestra Natacha*, de Casona, pero como estalló la guerra lo reutilicé; sé que empezaba «Por los caminos arriba / los pinos del Guadarrama». El primer romance de guerra que publiqué se llamaba «Romance del niño y el avión» y apareció en *Ahora*. Luego publiqué en el periódico de Alicante que dirigía el socialista Luis Caballero. En aquella época de Alicante estaba yo reponiéndome en el hospital. Pude estar en el homenaje a Miguel Hernández en agosto del 1937 en el Ateneo. Allí conocí también a Gil Albert, al pintor Gaya o a Juan Guerrero Ruiz. También a León Felipe.

LA GUERRA CIVIL

—Porque ya habías ingresado en filas.

Entré en el Quinto Regimiento en octubre del 36. Me incorporé en el Convento de los Salesianos de Estrecho, pero me atribuyen al batallón «Pasionaria», que estaba en el Convento de las Comendadoras. Era un convento deshabitado y se habían metido allí las milicias. En aquellas grandes salas del convento había montones de cosas y entre ellas encontré, curiosamente, dos libros notables: uno, la edición de *Eternidades* de Juan Ramón Jiménez, y otro, el diario de una monja, manuscrito. Entré en combate a primeros de noviembre. Los ataques fuertes a Madrid empezaron el 7 de noviembre. Yo estaba en el barrio de Usera y, al ocupar una trinchera el día 17, me pegaron un tiro en la pierna. Vi entrar a las tropas de la caballería mora de Franco hasta el puente de la Princesa.

Antes habíamos ido a Morata de Tajuña, donde fue mi bautismo de fuego. Era tal mi desconocimiento de las armas que silbaban las balas y creí que eran pájaros. Porque era una mañana de octubre, muy agradable, muy clara, muy diáfana. Recuerdo también, quizá mi hazaña más arriesgada, que al retirarnos vi por primera vez tanques avanzando y alguien abandonó una ametralladora emplazada en una altura. Una ametralladora grandísima, con un trípode enorme. Había que recuperarla, subí, la cogí y me vino desgarrando el hombro completamente hacia atrás. Era una retirada. Cuando ya estamos en la trinchera de Usera, en el flanco derecho aparece la Primera Brigada Internacional que, en cambio, tenía ametralladoras pequeñitas con ruedecitas, que se manejaban mucho mejor que la que llevaba yo al hombro, y me dio mucha envidia. Pero en seguida me pegaron el tiro en la pierna. Me llevaron al hospital Palace que era el hospital de sangre. Enfrente había otro hospital en el Ritz, donde metieron en aquella misma fecha a Durruti. Me atendió el doctor Bastos, un gran traumatólogo. El oficial de guardia, cuando me recibió en el Palace, dijo: «Éste al quirófano para cortarle la pierna». Y yo creí que iban a cortármela. Cuando desperté en la cama del Palace —entonces la anestesia te dejaba frito por muchas horas—, pasó una enfermera sueca que se llamaba Queeny Carton y le dije: «Oye, ¿tengo pierna?». La chica, que no lo sabía, levantó la sábana y dijo: «Sí, sí, tienes la pierna». Yo no la sentía. Se enteraron mis padres de que yo estaba en el hospital y vinieron a verme. Hay un poema mío que lo cuenta en *La sencillez de las fábulas*, es una especie de sueño pero lo escribí muchos años después, empezaba:

Volví a soñarlo anoche. Iban mis padres
por una blanca plaza bombardeada,
se refugiaban en sombrías torres
en donde una mujer de piedra y mito
lloraba lentamente sangre.
Mi madre balbució mi nombre —al fondo
contestaba la ciega artillería—.
La sombra de mi padre resbalaba
como una noche súbita. [...]

Más tarde me llevaron a un centro de retaguardia, en Alcoy, y de allí marché al hospital de Alicante.

—*¿Y en Alicante tienes relación con Miguel Hernández?*

Primero empiezo a tener relación con un grupo de escritores y artistas de Alicante (uno vive todavía, aunque entonces no era aún abogado, José Ramón Clemente; otros eran Abad Miró, Melchor Aracil o Gastón Castelló). Tenían montada una sección de Altavoz del Frente. Colaboré con ellos y con el periódico socialista de Alicante, y luego paso a colaborar en el periódico del Partido Comunista, que empieza a hacerse, que no existía todavía, *Nuestra Bandera*, que dirigía el escritor Antonio Blanca. Ahí publico muchos romances y cuando viene a Alicante Miguel Hernández se propicia el homenaje en el Ateneo y yo voy con Gabriel Baldrich que estaba conmigo en el hospital. De ahí surge el librito que publicaremos los tres juntos ya en 1938, *Versos en la guerra*, editado por Socorro Rojo Internacional. Antes ha aparecido mi librito *Romances de un combatiente*, en 1937, en las Ediciones Soldado del Pueblo. De ninguno de los dos conservo ejemplar porque mi madre, asustada por un registro policial en los años cuarenta, los destruyó. Mi padre me decía que no escribiera tantos romances, que yo ya había escrito otro tipo de verso y

8. 1943, el padre y Leopoldo en Madrid.
9. 1946, los Urrutia, Leopoldo, Maruja y Jorge.

que no me limitara al romance. Y por eso en el librito con Miguel Hernández hay romances, porque están los «Romances a la muerte de Lorca», pero hay otros de verso libre.

—*¿Cómo seguiste en la Guerra Civil?*

Cuando me dan de alta, la Junta de Milicias me pasa a hacer el curso de oficiales en Paterna, salgo de teniente y me destinan a un centro de acuartelamiento en Gandía, a donde Miguel me escribe interceciendo generosamente por el hermano de Ramón Sijé que, enfermo, no debería ir al frente. De allí me destinan a un servicio de información en Valencia y luego al sector del sur del Tajo. Hago un cursillo y me destinan como oficial de Estado Mayor del Ejército de Extremadura, con base en Almadén, al mando del coronel Burillo, luego del coronel Prada y, por último, del general Escobar. Mis responsabilidades me hacían viajar por Extremadura —acompañé, por ejemplo, a los inspectores internacionales que comprobaban la salida de los combatientes extranjeros— y por eso conocí al poeta Juan Alcaide en Valdepeñas.

—*Porque fuiste responsable de un servicio de información.*

El servicio de información estaba, como su propio nombre indica, para conocer el movimiento de las tropas enemigas. En el tiempo que estuve

10. 1952, Segovia, ventana de la habitación de Antonio Machado.
11. 1952, Segovia, Ramón de Garciasol, Leopoldo de Luis, Vicente Aleixandre, José Luis Cano, Antonio Fernández Spencer y Francisco Rodón.

haciendo ese servicio se hacía con un sargento; íbamos un sargento y yo, o con un coche o con una moto, según, a distintos sectores. Yo estuve en algunos pueblos de la provincia de Toledo, al sur del Tajo, en los Navalmorales y los Navalucillos. Y después ya paso a quedarme en el Estado Mayor de Almadén. El servicio era controlar el movimiento de fuerzas enemigas. Había incluso que utilizar prisioneros; por ejemplo, utilizar campesinos que tenían que pasar a lo mejor entre las posiciones, pedirles información, saber qué unidades había enfrente, ver cómo salían de un pueblo e iban a otro, qué unidades iban... Se llamaba un nombre muy rimbombante: Servicio nosequé de Información Periférica.

Luego ya en el Estado Mayor mi trabajo era, claro, recibir en la sección los informes del frente, si estabas de guardia llevárselos al jefe de Estado Mayor que era el coronel Ruiz Fornell, un nombre muy de tradición militar por cierto, creo que era el autor del mapa «1/50.000», que era el mejor mapa que tenía la cartografía militar entonces. Y acompañar... Y cuando había alguna operación, ir en nombre del Estado Mayor a donde estuviera el mando de la operación para tener el enlace con el Estado Mayor. Y por eso, creyendo que yo hablaba francés mejor de lo que lo hablo, me asignaron a los oficiales extranjeros que, en el año 38, fueron a vigilar la salida de personal extranjero. Cuando se acuerda que intervengan las naciones europeas, desde Ginebra se decide controlar si efectivamente se eliminan las tropas extranjeras en la guerra española. En el sector franquista no sé cómo lo harían, seguramente de ninguna manera, pero en nuestra zona el Ministerio mandó a los distintos Ejércitos comisiones de oficiales, y a la comisión que fue al Estado Mayor del Ejército de Extremadura la acompañé yo por los frentes, a las distintas posiciones, para que vieran que no había unidades extranjeras. Ésa fue mi misión. Entonces es cuando conocí a Juan Alcaide, que era maestro en Valdepeñas, y nosotros teníamos el puesto de mando en Almadén.

CAMPOS Y CÁRCELES

Al acabarse la guerra, el general Escobar nos reunió y nos ofreció un pasaporte para salir por alguna frontera. Él se iba a quedar con el coronel Ruiz Fornell para hacer la entrega del Ejército en Ciudad Real. Eso se cuenta más o menos exactamente en la novela de Olaizola *La guerra del general Escobar*. Yo estuve presente cuando, en conversación telefónica, el coronel Yagüe le dice al general que va a llegar a Ciudad Real. Yo quería volver con la familia y no huir a Francia. Además el coronel Yagüe le había dicho al general Escobar: «A los que no tengan las manos manchadas de sangre no les pasará nada». Y el general nos dijo: «Esto me lo acaba de decir el coronel Yagüe. A estos señores yo los conozco, son caballeros y son cristianos, son compañeros míos, y ellos aseguran que si no tenemos las manos manchadas de sangre no nos pasará nada». Pero cambió el dispositivo del Ejército de ocupación, y no vino Yagüe sino la unidad de García Valiño, más duro, más violento, y que inmediatamente nos metió a todos en el campo de concentración. A los dos meses habían fusilado al general Escobar.

En el campo de concentración de Ciudad Real no se comía. Al cabo de dos o tres días de estar, llevaron un camión de chuscos y se murieron dos ahogados en el tumulto que se organizó para cogerlos del camión. Yo tuve suerte porque tenía una novia en Ciudad Real que me llevaba latas de cocido a la puerta de la plaza de toros. De Ciudad Real, a todos los que teníamos algún grado de oficial nos llevaron a Ocaña esposados de dos en dos. Yo llevaba una maletilla de madera y la mano derecha esposada con otro. También tuve suerte en Ocaña. No sé por qué me llamaron para la oficina del director del penal y todas las mañanas me iba a la oficina para volver a la galería de noche. Como estábamos muy mal de agua, porque no había más que un grifo en el patio y en el recinto a donde yo llegaba había agua, me llevaba las cantimploras de todos mis compañeros colgadas, las llenaba, y por la noche volvía con ellas a mi galería. Mi padre, que se enteró que yo estaba allí, pidió meterme un colchón, porque dormíamos en el suelo, y lo aceptaron siempre que lo compartiera. Un teniente del Cuerpo Jurídico y yo dormíamos en el colchón que me llevó mi padre, que se quedó allí, claro, cuando salí.

Me forman el Consejo de Guerra en Aranjuez y me condenan al batallón de trabajadores. Tengo que esperar que me asignen campo y, mientras, me voy a Córdoba porque mi padre, mi madre y mi hermana se habían ido a vivir a Córdoba a casa del catedrático de Literatura del Instituto, Vicente Orti, amigo de mi padre.

—*La casa de Orti estaba en la calle del Reloj, curiosamente haciendo esquina con la calle en que naciste.*

Un día fue la Guardia Civil, caminamos a la estación, nos metieron en un vagón de ganado (sin ganado, el ganado éramos nosotros) y llegamos hasta Jimena de la Frontera. Cuando llegamos a Jimena bajamos del vagón, nos formaron en el llano que hay junto a la estación y es cuando conocí a la que sería mi mujer, porque me trajo un poco de agua.

—*Esto último será ya en 1944, cuando has entrado a trabajar en una compañía de seguros, trabajo que mantendrás hasta tu jubilación. Desde entonces estás instalado en Madrid, una instalación ya definitiva, aunque algún tiempo viviste en Tánger porque la compañía en la que trabajabas pensó en abrir una sucursal allí. Toda esa anécdota puramente personal, que no puede significar nada para expresar la peripecia de la generación, no te parece digna de contarse y lo respetamos. En cualquier caso, sí es importante que, desde que os casasteis,*

12. 1952, Segovia, Ildefonso Manuel Gil, Leopoldo de Luis, Adriano del Valle, Carles Riba y Ricardo Gullón.
13. 1953, Salamanca, Leopoldo y Dionisio Ridruejo.

tus viajes a Andalucía son frecuentes, aunque ya no a Córdoba, sino al Campo de Gibraltar. Pero volvamos atrás, en toda esa peripecia de la Guerra Civil, ¿qué relación seguías manteniendo con la literatura?

Fuera de las lecturas (siempre llevé en el petate un ejemplar de la *Segunda Antolojía Poética*, de Juan Ramón Jiménez), una relación muy privada, particular, con los amigos, con los conocidos. Un ejemplo banal: en Jimena, estando en el batallón de trabajadores, escribí la letra de un pasodoble al que le puso música un catedrático de Francés de instituto que estaba con nosotros en el campo, que se llamaba Ildefonso Grande. Y como un amigo mío entonces, luego mi cuñado, Isidoro Gutiérrez, tocaba la bandurria, lo cantábamos.

—*¿Y durante la guerra? ¿En Extremadura?*

Durante la guerra en Extremadura realmente lo que publicaba en los periódicos. Porque yo empecé a colaborar... pero no lo leía, porque no me llegaban. Ni siquiera pude ver un ejemplar del *Romancero*. Alguna vez que hablé con Juan Alcaide... Pero vamos, no había mucha relación con la literatura. No la hubo hasta que ya vine a Madrid. En el campo escribí los «Sonetos de Ulises y Calypso», publicados más tarde en *Garcilaso*. También Rafael Manzano, un poeta de Huelva que colaboró en *Pregón literario*, me

14. 1955, casa de Rafael Santos Torroella, en Barcelona, R. Santos Torroella, Vicente Foix, Alfonso Costafreda, Permanyer y Leopoldo de Luis.

pidió colaboración para su página literaria de Huelva —pero ya estamos hablando del año 41— y yo le mandé «Dos décimas a la muerte». Entonces es cuando nace Leopoldo de Luis. Porque yo no puedo, en esas condiciones, firmar como Leopoldo Urrutia. Escribí a Rafael Manzano y le dije que publicaría con seudónimo.

—*Los poemitas también se publicaron en el primer y único número de la revista* Chabola, *que hizo en Huelva el mismo Rafael Manzano. ¿Qué había sido, mientras tanto, de tu amigo anterior a la guerra, José Luis Gallego?*

Él no podía ir al Ejército porque era muy corto de vista, no veía nada. Pero estuvo como periodista. Había hecho los estudios de periodismo de *El Debate*, que era la única escuela de periodismo que entonces existía. No existía nada oficial. *El Debate* era un periódico católico que tenía una amplia red de periódicos en provincias. Y a sus estudiantes los mandaba a los periódicos. Lo destinaron a un periódico de Ávila. Pero era también muy especial, y se peleó con el director del periódico, que era un canónigo, lo dejó y se vino a Madrid. Estalla la guerra y se pone a trabajar en el periódico *Ahora*, para el que fue corresponsal de guerra. Cuando las tropas republicanas toman Teruel es el primer periodista español que entra en Teruel. Y cuando se termina la guerra lo procesan con una acusación muy general, que prácticamente nadie se salvaba de ella, por auxilio a la rebelión que le llamaban. Le impusieron una condena que era muy habitual, casi uniforme, doce años y un día. Nunca se cumplían, nadie cumplió doce años y un día, se salía enseguida. Prueba de ello es que José Luis salió pronto. Yo no estaba en Madrid, pero él salió y se casó con mi hermana. Vino un exiliado, Juan Ros, y decidieron organizar una célula de las Juventudes Socialistas Unificadas. Formaron un grupo, en el que había una o dos chicas, Juan Ros, José Luis Gallego y no sé quién más. En la sentencia se dice que habían formado un comité clandestino de las Juventudes Socialistas Unificadas, y eso ya implicaba una condena muy grave en aquel entonces. En el proceso consideraron el más importante a Juan Ros, por haber venido clandestinamente de Francia, y el más responsable a José Luis Gallego, por ser el único intelectual. A ellos dos les condenaron a pena de muerte, y eso que no habían llegado a actuar. Como una de las cosas más crueles que hacía

el régimen es que en aquellas condenas podían pasar meses sin ejecutarlas, pues pasaron meses, que es cuando José Luis Gallego escribe su libro *Voz última*.

LA REINCORPORACIÓN A UNA VIDA NORMAL

Cuando salgo del batallón de trabajadores y regreso a Madrid lo primero que publico son los «Sonetos de Ulises y Calypso», sobre la isla del Perejil. Me los publicó José García Nieto a través de un periodista que era José Altabella y a quien le preguntó si yo no era muy rojo. Y le dijo Pepe Altabella: «Nooo, es un poco republicano». La verdad es que García Nieto fue muy generoso en general y puso las menos pegas posibles. Toda vez que lo que publicaba eran poemas líricos, no era una cosa para asombrarse. Pero podía haberse negado y no se negó nunca, ni a mí ni a ningún otro. Porque Rafael Morales también tenía algún romance en el *Romancero general*, y Pérez Valiente había sido oficial en el Ejército republicano, y Pérez Creus comandante. De manera que en eso García Nieto no hay más remedio que reconocer que fue generoso con los que se acercaron a él.

A José Altabella lo conocí por mi padre. También mi padre me relacionó con Federico Sainz de Robles, que cuando yo no había publicado todavía nada, fuera de los poemas de guerra, me incluyó en la primera edición de su famosa antología.

—¿Cómo se organizaba la vida literaria de los jóvenes que venían del Ejército derrotado, cómo se integran en la vida literaria?

Preguntado así parece que se incorporan de una manera corporativa, y no es así. Cada uno se busca su propia vida. Yo encajo en *Garcilaso* a través de Pepe Altabella; otros habrán hecho otra cosa y otros no habrán hecho nada, se habrán quedado al margen. Por ejemplo José Romillo, que era muy amigo de Buero Vallejo —estuvo en la cárcel con Buero—, no creo que llegara a publicar en *Garcilaso*, pero se incorporó al grupo porque era amigo mío, porque era amigo también de Buero. Un día me dice Antonio Buero Vallejo que tiene una comedia que le ha pasado al Teatro Lara y no le contesta. Como se han organizado ya «Las alforjas para la

poesía» los domingos por la mañana en el Teatro Lara y a mí me invitan, me pide que se la reclame al empresario Conrado Blanco. Yo hablo con Conrado Blanco, que ya la ha leído pero que no le parece teatral, y me da el ejemplar. Era *Historia de una escalera*. Se la devuelvo a Buero en un café que había en la plaza de Prim, donde estaba el Circo Price. A Camilo José Cela también lo conozco en el Café Gijón. Allí me regaló la segunda edición de *La familia de Pascual Duarte*.

—*Llegas a Madrid, consigues trabajo y un día te plantas en el Café Gijón y dices: «Hola, buenas tardes, yo escribo»*.

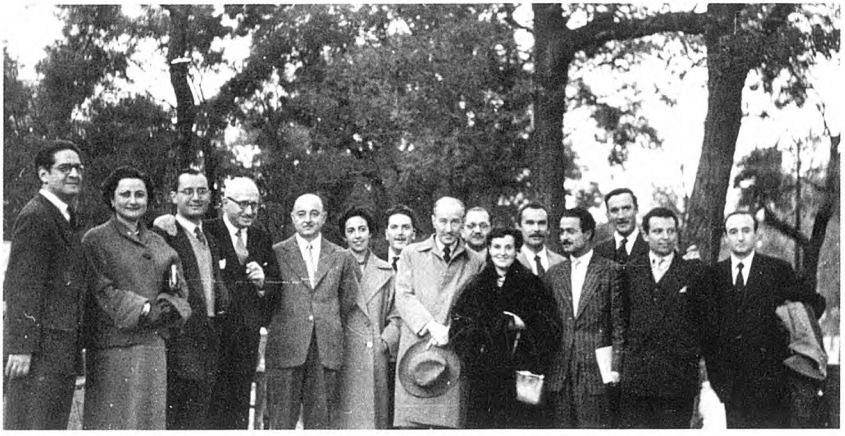
Claro. Un día fui al Café Gijón para hablar con Pepe García Nieto y me dice «Ya he leído tus sonetos, los publico en el primer número». Y ya empezamos a charlar y yo voy todas las tardes al Gijón y conozco a todos los que entonces estaban allí, como eran Rafael Morales, Rafael Montesinos, Salvador Pérez Valiente y otros. Estamos hablando del 44. Yo empiezo —o vuelvo— a publicar así. Empiezo a publicar en revistas porque después de *Garcilaso* mando a *Espadaña* y me pongo a hacer, con la modestia de mis medios, la colección *Mensajes*. Y entonces es José Luis Gallego una vez más, desde la cárcel, quien me dice que vaya ver a Carmen Conde. Llamo a Carmen Conde un día y me cita en el Café Sawen, que estaba en la calle

15. 1953, Salamanca, Pablo Corbalán, Fernández Spencer, Edmond Vandercammen y Leopoldo de Luis.
16. 1954, Maruja y Leopoldo.

Serrano. Hago amistad con ella. Carmen Conde vivía entonces en una pensión de la calle Goya y vamos a la pensión donde me presenta a su marido, Antonio Oliver, y ya hago mucha amistad con Antonio Oliver. Empezamos a vernos prácticamente todos los días y a charlar.

—*¿Cuál fue la función del Café Gijón? ¿Se puede decir que sirvió para que se relacionasen escritores que vienen de ambos bandos?*

Sí. Creo que, como muy bien ha dicho Umbral en el artículo ése que me dedicó últimamente en *El Mundo*, en el café se produce una confraternización de escritores de los dos bandos. Salvo los más intransigentes, como podía ser Jesús Revuelta, pero también. En el Café Gijón, como figura mayor, estaba Gerardo Diego. Ahí estaban Federico Izquierdo Luque (el que hacía la revista *Juventud*, de Falange), Dámaso Santos (director de periódicos del Movimiento), José Luis Prado Nogueira (oficial de Marina), Demetrio Castro Villacañas (redactor del *Arriba*, el periódico del Movimiento) y otros escritores oficiales, por así decirlo. Pero ahí estaban también Enrique Azcoaga, Rafael Morales, Rafael Montesinos, Salvador Pérez Valiente, Juan Pérez Creus. De manera que se hizo una confraternización. Celaya estaba todavía en San Sebastián y Blas de Otero sale algo después y no va por el café. Hasta que no se publica *Ángel fieramente*



17. 1954, Músico Medina, matrimonio del pintor Molina Sánchez, poetas Antonio Oliver y Acacio, Marisa de Arenaza e Íñigo de Aranzadi, poetas Gerardo Diego, Ramón de Garciasol, Pura Vázquez, Manuel Álvarez Ortega, Mohamed Sabbag, Luis López Anglada, Jacinto López Gorgé y Leopoldo de Luis, en una tarde de noviembre de 1954 frente al Café Gijón en la avenida Recoletos de Madrid.

humano (1950) no lo conozco. Eugenio de Nora cuando viene de León se acerca, pero estaba estudiando aquí. El que sí viene es Pepe Hierro, y gana el Premio Adonais. Y además sin discusión. En cambio Otero no gana el Premio Adonais porque se opone Florentino Pérez Embid, que era el catedrático de Historia de Sevilla, que era del Opus y estaba como Director General de Prensa.

Si contamos que, por un lado, están en el Café Gijón Jesús Revuelta y Castro Villacañas, que eran muy franquistas, por el otro figuraban Enrique Azcoaga o Ramón de Garciasol. Y había personas capaces de que no hubiera divisiones en el grupo, como era el propio García Nieto. Cela, según le daba (llegó a contar que, cuando se pasó de zona republicana a zona nacional, el oficial que le cogió le dijo «¿Y usted por qué no se pasó antes?», a lo que contestó: «Porque estaba viendo quién ganaba»; eso, que es mentira, sí marca su talante, que era estar un poco al sol que más calentara). Enseguida se empieza a publicar *La estafeta literaria*, donde hay que decir que nos acogen a todos también, no sólo en *Garcilaso*.

La estafeta literaria está dirigida por Juan Aparicio. Juan Aparicio es el hombre del ministro Arias Salgado. La prensa, nada más terminar la guerra, se pone en manos de Dionisio Ridruejo, que es el hombre de Serrano Súñer. Pero entre que Franco prescinde de Serrano Súñer y que Ridruejo se va a la División Azul, el ministro que se nombra es Arias Salgado, y su hombre es Juan Aparicio, que era un gran periodista, capaz de inventar una vida literaria que prácticamente no existía. Porque éramos sólo unos cuantos en el Gijón, y algunos grupos de provincias... Porque eso sí: en una España tan centralizada como la de Franco, que no permitía ni siquiera hablar la lengua regional, en cambio surgen grupos literarios por todas las provincias españolas. La centralización que se daba en Madrid y acaso en Barcelona, durante esa posguerra se proyecta dividida por todas las regiones de España. Y hay un grupo importantísimo en León, y hay un grupo importantísimo en Córdoba, y hay un grupo importantísimo en Sevilla. Todos los grupos tienden a tener una revista, pues las revistas no son sino una manera de fundir el grupo de jóvenes que están con esas inquietudes. Hay una política de apoyar a los grupos desde las Jefaturas Provinciales del Movimiento, que es la manera además de tenerlos controlados. Además,

si no es así, no hubieran salido las revistas, porque tenían que tener autorización, y sólo tenían autorización si venían avaladas por el Movimiento Nacional de cada provincia.

—*¿Cómo era la relación con los intelectuales falangistas: Laín, Ridruejo, Aranguren...?*

La verdad es que yo, con esos intelectuales, tuve muy poca relación. La que tuve fue a través de José María Valverde. Con Rosales, sí. Con Vivanco menos, aunque más intensa, porque yo charlé bastante con él, que me pareció un hombre muy inteligente. Rosales era más superficial, dirigía *Cuadernos Hispanoamericanos*. Leopoldo Panero era muy antipático, conmigo por lo menos era muy antipático; lo considero un gran poeta pero conmigo fue muy antipático. Él dirigió *Correo Literario* y me publicó cosas en *Correo Literario*, pero no fue grato. Tovar hizo un artículo sobre un libro mío.

—*¿Pero era una dificultad contigo o era una cosa hacia los poetas que entendían que no eran de su cuerda?*

No sé bien. Yo tenía fama de estar muy en contra de ellos, una fama quizá excesiva. Estaba políticamente en contra de ellos, pero también lo estaba Azcoaga y lo admitían perfectamente, o Ramón de Garciasol. Lo que yo noté es marginación, no contaban conmigo. Yo a *Correo Literario* le tenía que llevar cosas, nunca me las pedían. Me las pidieron para *Escorial*, pero cuando se hizo cargo uno que iba por el café y que era amigo mío, Demetrio Castro Villacañas. Hoy hecho de menos la relación amistosa que se entablaba y que se entabló entre los poetas en aquella época.

—*¿Y cómo fue la relación con los escritores del exilio?*

La relación empieza, quizá, por Max Aub, que me manda sus conferencias en el Colegio de México. No me acuerdo cuál se da primero, si la relación con Max Aub con las conferencias, por una parte, o la revista *Las Españas*, de Victoria Kent. Hay un concurso del Ateneo de México y yo mando unos poemas aún inéditos de *El extraño*, y me dan el premio. Entonces me escriben los del Ateneo de México, un antiguo profesor mío, Martínez Torner, y no sé quién más que estaba en el jurado. Publican los poemas en *Las Españas* y yo escribo a Victoria Kent. Después le mando a Victoria Kent *Teatro real* de Adonais, cuando se publica en

Adonais, y ella le da una gran publicidad, porque consigue un artículo muy bueno y muy extenso que no sé de quién es, porque lo firma con un seudónimo y dice la revista: «Este seudónimo corresponde a un importante intelectual español». Nunca he sabido de quién era. Le mandó también el libro a un escritor muy curioso, Alfonso Vidal y Planas, uno de esos escritores de primeros del XX que están entre lo erótico y lo social, un escritor de la bohemia de primeros del siglo XX que se tuvo que marchar al extranjero porque en una pelea de café mató al hijo del marqués de Dos Fuentes. Había escrito este tipo de novela que ahora son los novelones de televisión, como *Santa Isabel de Ceres*, que es una prostituta de la calle Ceres a quien el chulo le echa vitriolo en la cara y la transfigura. Empieza a escribirme Alfonso Vidal y Planas, que además escribió un libro de versos muy flojo que me mandó: *Cirios en los rascacielos*. Él era más prosista que poeta. Me manda también artículos porque (ya es curioso en un autor de aquel tipo de novela y que ha matado a uno de un botellazo) era profesor de Ética en Tijuana, México. Y en uno de los artículos me pone al margen: «Leopoldo de Luis. El año que usted nace me paseaba yo por Córdoba con su padre y con el admirado Romero de Torres». ¡Qué casualidad!

18. «Tertulia» en honor de los poetas que integran el grupo «Adonais», ofrecida por el director del Instituto Británico, el señor Starkie, a quien acompañaba su esposa. También estaban congregados allí Dámaso Alonso, Gerardo Diego, García Gómez, José María de Cossío, José Luis Cano (director de *Adonais*), José García Nieto (director de *Garcilaso*), Rafael Morales, Leopoldo Panero, Eugenia Serrano, María Alfaro, Enrique Azcoaga, Julio Gómez de la Serna, Eulalia Galvarriato, Alfonso Moreno, Juan Guerrero, Vicente Aleixandre, Revész, Mostaza, Rosa Darío de Vaquero (sobrina de Rubén Darío), José María Valverde, Primitivo de la Quintana, Muñoz Cortés, Concha Zardoya, Leopoldo de Luis, Juan Guerrero Zamora, etc.

Pronto me escribe Domenchina, que me manda *Exul umbra, La sombra desterrada*... La relación era de persona a persona, no era una cosa generalizada. Y la revista *Ínsula*, porque a José Luis Cano le escribían todos. La mujer de Domenchina no tardó mucho en venir a España. Y tampoco tardó nada en venir Gil Albert, que vino en el año 1947. Cuando Alberti pasó por Venezuela, a través de unas amigas que publicaban aquella revista *Lírica Hispana*, me mandó un libro dedicado. Luego ya no escribo a Alberti hasta que no cumple los 60 años y le propongo a Cela un homenaje en *Papeles de Son Armadans*. Emilio Prados sí me escribió antes y me mandó *Jardín cerrado*, que tiene prólogo de Juan Larrea, pero yo no me escribí con Juan Larrea nunca. A Emilio Prados además yo lo había conocido. A Guillén le vi el año cincuentaitantos, cuando vino a Madrid, porque Guillén estuvo poco en el exilio, y estuvo porque lo prefirió además, yo no creo que hubiera tenido que marcharse. Aunque escribió aquello de «El poder de Pérez», pero eso ya más avanzado. Estuvimos en el café, me habló de la distinción de los poetas, y me firmó el libro poniendo «A Leopoldo de Luis, poeta ya distinto». Otro que conocí pronto fue a Guillermo de Torre. Hablé con él algo pero poco, porque Guillermo de Torre era sordo, pero de esos sordos que no lo confiesan y cuando él está hablando

19. 1964, Ateneo de Madrid, Martínez Mena, Luis López Anglada, Jacinto López Gorgé y Leopoldo de Luis. Luis Jiménez Martos, Ángel García López, Jesús Lizano y José María Alonso Gamo. Manuel Álvarez Ortega, cuñada de López Gorgé, Ramón de Garciasol, Sra. de López Gorgé, Maruja, María de Gracia Ifach y Francisco Ribes.

y tú metes baza y él dice «sí, sí», y sigue. No se entera de lo que le has dicho pero no confiesa que es sordo. En cambio me oyó una cosa, porque le dije: «Yo publiqué en *Las Españas* de Victoria Kent... que por cierto, Victoria Kent será ya muy vieja, ¿no?». Y dijo: «No sea usted insolente». Bueno, me escribí también con Juan Rejano, me escribí con Antonio Aparicio, con León Felipe... Yo había conocido a León Felipe en la guerra. Vino a verme a Madrid un amigo suyo, Pablo Fernández Márquez, y me dijo que León Felipe me recordaba... Y entonces volvimos a entrar en contacto.

POLÍTICA Y LITERATURA

—*¿Cuándo entraste en el Partido Comunista?*

Entré en el Partido Comunista el mismo año de la guerra, en el 36. Todavía no había entrado en el Ejército. Después del 18 de julio, en el verano del 36. Cuando estoy en Alicante empiezo a depender de un Radio de Alicante. Entonces el Partido Comunista estaba dividido en Radios. Había un cabo del Partido Comunista que nos organizaba; estaba también en el hospital.

—*¿Cuándo vuelves a tener contacto con el Partido después de la guerra?*

La conexión la tengo a través de Gabriel Celaya. Yo a Gabriel Celaya lo había conocido en el 35 en el Liceum Club Femenino, porque él había ganado el Premio Bécquer con *La soledad cerrada*, aunque no se publicó hasta después de la guerra. Un día, en casa de la escritora Halma Angélico, está Germán Bleiberg y es el que me dice: «Tú conoces a Rafael Mújica. Y Rafael Mújica va a publicar una colección en San Sebastián. Escribe a Rafael Mújica, ponte de acuerdo con él». Eso en el 45. Y entonces ya me pongo en relación con Rafael Mújica, y me pide el libro, le mando *Huésped de un tiempo sombrío* y voy a San Sebastián a verle. Hablamos del Partido, en el que intervenía mucho un pintor que se llamaba José Ortega. Me proponen ir a Francia y voy a París. Luego, como ya había abandonado eso, prefiero quedar fuera. La vida se complicaba, el trabajo, la situación familiar... José Luis [Gallego; ya su cuñado] estaba en la cárcel. Fíjate: desde la guerra, no puedo ver a José Luis hasta que no sale, en 1960, más que una vez.

José Luis Gallego fue detenido en un grupo clandestino con varios más, entre ellos un muchacho que había venido de Francia que se llamaba Juan Ros. Los procesaron a todos y los condenaron a muerte. Pero a José Luis Gallego lo indultaron, le pusieron pena de treinta años. En los meses que estuvo condenado a muerte José Luis Gallego escribe su libro *Voz última*. Juan Ros es fusilado en Alcalá. Tenía la familia en Francia. Mi padre y yo, con dinero nuestro, intentamos hacernos cargo del cuerpo, pero no nos autorizaron. También por las gestiones seguramente de mi padre, porque mi padre se movió mucho con personas que él conocía, compañeros suyos de Derecho, le conmutaron a José Luis la pena de muerte por treinta años (cumplió 18). Cuando yo llegué a Madrid él está ya en la cárcel y no le vi. Nos escribíamos. Escribí el poema «Patria oscura», para agradecerle al grupo de presos amigos que me mandaran un librito manuscrito que hicieron.

Gané los Juegos Florales de Burgos, no me acuerdo qué año, y al llegar a Burgos, con grandes reservas de Juan Ruiz Peña, que me dijo «Leopoldo, es muy peligroso», pedí una visita. «¡Qué va a ser peligroso —contesté—, es un familiar mío y cómo no voy a ir a verle!». Pedí una entrevista y fui a verle. A José Luis no podía verlo más que su mujer, porque a los presos del penal de Burgos no los veían más que sus familiares directos. A mí, como cosa excepcional —no sé quién me lo gestionó, creo que el propio Ruiz Peña—, me dieron una entrevista porque había ganado los Juegos Florales de Burgos. Una idiotez porque Carlos Murciano fue a Burgos una vez y se fue a ver a José Luis Gallego, una cosa que yo no olvidaré nunca con Carlos Murciano. No sé qué influencias movería.

—*¿Qué función política tuvo la poesía social?*

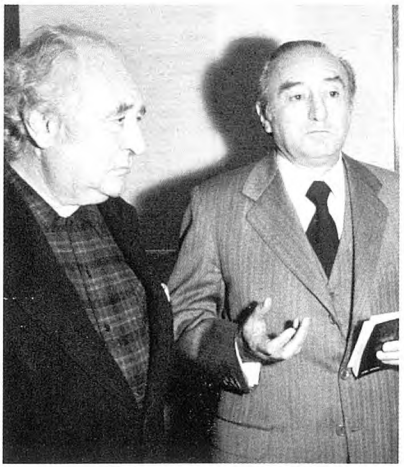
La poesía social la verdad es que, en cierto modo, se inicia con *Espadaña*. *Garcilaso* mantiene una tendencia evasiva, de poesía lírica exclusivamente y, en cambio, *Espadaña* busca mantener una postura rehumanizadora. La poesía de *Garcilaso* le iba muy bien a la política cultural de Franco, pues respondía a un concepto evasivo de la poesía. En cambio *Espadaña* pretende seguir los pasos de la poesía impura marcados por Pablo Neruda que, al fin y al cabo, era un poeta comunista. Aunque no le dejan publicar

nada de Neruda quiere marcar una línea de preocupación humana, de rehumanización, y por tanto pues, en cierto modo, de protesta o al menos de queja.

LOS CONGRESOS DE POESÍA

El primer congreso de poesía, el de Segovia, tiene como distintivo fundamental la incorporación de la poesía catalana. Eso tiene una gran importancia. Es una obra personal de Dionisio Ridruejo y de Rafael Santos Torroella. Los dos convencen a los catalanes de que se incorporen porque van a ir poetas castellanos muy deseosos de colaboración. Vienen poetas tan importantes como Carles Riba, su mujer Clementina Arderíu, Marià Manen y el propio Juan Perucho. El primer congreso tiene su importancia política porque es el primer congreso (es el año 52) que se celebra en España y no envía un saludo al jefe del Estado.

Aunque es el único congreso al que asistió Vicente Aleixandre, preside la primera sesión nada menos que Carles Riba. En Ruegos y Preguntas yo propongo que se envíe un telegrama de saludo a Juan Ramón Jiménez,



20. 1974, con Vicente Aleixandre en su casa.
21. 1975, con Gabriel Celaya.

que está en Puerto Rico, como sombra mayor de la poesía española. Y en este momento dice Dionisio Ridruejo: «Me parece muy bien, pero también pido que se envíe un telegrama al jefe del Estado con el saludo del congreso». Carles Riba, que no estaba dispuesto a eso de ninguna manera, dice: «Muy bien. Que se nombre una comisión integrada por don Dionisio Ridruejo y don Leopoldo de Luis para que presenten los textos mañana». Y a continuación dice: «Y yo me voy esta noche». Entonces Dionisio y yo nos reunimos esa tarde y me dice: «¿Tú tienes mucho interés en lo de Juan Ramón? Porque si mañana nos callamos y no decimos nada, ¿alguien va a pedirnos los telegramas?». Llegó el día siguiente, ni Ridruejo ni yo abrimos la boca, Riba no se había ido y aquí paz y después gloria. No se volvió a hablar de los telegramas. Joaquín Pérez Villanueva, Director General de Relaciones Culturales Internacionales, propiciaba el congreso y ni Rosales ni Ridruejo querían hacerle una faena a Pérez Villanueva. De manera que el congreso ya circuló muy bien y no hubo en realidad ponencias políticas, porque quizá la más escandalosa fue una que hicimos José Luis Cano, el propio Santos Torroella y yo, no sé si alguien más, propiciando una Casa de la Poesía para los poetas...

22. 1979, Leopoldo de Luis en su casa de Madrid.
23. 1980, Dámaso Alonso, Jorge Urrutia y Leopoldo de Luis.

El segundo congreso, el de Salamanca (1953), estuvo teñido por el homenaje a Unamuno en el cementerio de Salamanca. El congreso de Santiago fue más político, porque se incorporó Celaya y presentó su teoría, que fue muy controvertida, sobre la poesía como arma cargada de futuro y sobre la poesía influyendo sobre la conciencia de las gentes.

Hice crónica de los tres congresos. Para el primer congreso me encargó Juan Aparicio, que era el Director General de Prensa, yo no sé por qué, quizá por sugerencia de García Nieto, que hiciera las crónicas para los periódicos del Movimiento. Pero intervino Pedro de Lorenzo y lo echó abajo. Entonces yo la hice en *Papeles de Son Armadans*, en una revista de Barcelona que se llamaba *Revista* y en algún otro sitio.

En el de Segovia conocí a don Eugenio d'Ors quien, ya en el 55, escribió su glosa sobre mi libro *El extraño*. En esa glosa suya que se llama «Contra la muerte», dice: «Estos versos están escritos, están y espero que lo estén durante años y durante siglos, por Leopoldo de Luis». Me parece que exageraba un poco.

—*Se habla muchas veces de la apertura que trajo el ministro Fraga Iribarne, pero tal vez se olvida cómo trató a los intelectuales cuando protestaron por la represión de las huelgas de la minería asturiana.*

Firmé el manifiesto. Fraga nos echó encima a la prensa y lo menos que nos llamaron fue «perros sifilíticos». Yo ya no pertenecía al Partido pero me lo llevaron dos miembros del Partido de los que afortunadamente me olvidé enseguida, y así no tuve problema para tener que decírselo al juez. Me decía el juez «como había firmado el maestro, ya estaba primero la firma de Vicente Aleixandre»... ¡Y la de Menéndez Pidal! El juez ya había hablado con varios poetas y todos habían dicho: «Como había firmado Vicente Aleixandre...». A Vicente lo llamó y él me contaba: «Pues me han llamado, así que qué quieres hijo, me armé de valor...». Recuerdo que el secretario me leyó la declaración y yo le dije que faltaba una coma. «Póngale usted la coma a este señor, hombre, póngale la coma», gritó el juez.

—*El manifiesto era una carta en defensa de las mujeres de los mineros asturianos.*

Sí. El juez archivó la causa, pero no nos lo dijeron. Así como cuando surgió la causa Fraga nos echó toda la prensa encima, cuando se sobreseyó

la causa no lo dijeron. Había sido un manifiesto en defensa de los mineros y de las mujeres que habían sido castigadas: les habían cortado el pelo. Escribí un poema que se llama «La humillación», que está en la *Obra completa* pero que tachó la censura en su día. Cuando contestó el Ministerio, dijo descaradamente: «Todo se ha acabado como ven ustedes en una tomadura de pelo». Hombre no, en una tomadura de pelo no, se ha quedado en que esas mujeres han sido humilladas, se les ha pelado al cero.

Y entonces es cuando tú vas a hacer la milicia universitaria y me dices que tienes que llevar un certificado de buena conducta de tu padre. Yo le digo al comisario: «Pero por qué mío, señor comisario, ¿no estamos fomentando una rebeldía? Dirá el hijo que por qué tiene que pagar él las culpas del padre». «Sí, qué quiere usted, pero eso es cosa de militares y los militares siempre todo lo que publican terminan diciendo que de no ser así te fusilan al amanecer», decía el comisario. Entonces yo pedí la cancelación de expedientes de la guerra, pero me quedaba el asunto de Fraga y las huelgas de Asturias.

—Recuerdo que fue todo complicadísimo y que, al final, conseguiste el certificado porque el responsable de la Policía que llevaba la sección resultó ser poeta.

LA EVOLUCIÓN ESTÉTICA

—¿Qué publicabas antes de la guerra, en Pregón Literario*?*

Una poesía muy tradicional, de temas amorosos y sentimentales.

—Con el primer libro después de la guerra, Alba del hijo*, estás en un neorromanticismo.*

Sí, está en la línea de Rafael Morales, por ejemplo, que es quien propicia el neorromanticismo, mientras que quien propicia la poesía social es Victoriano Crémer.

—¿No estás viviendo en los años cuarenta un momento de desorientación estética? ¿Los «Sonetos de Ulises y Calypso» qué son?

Los «Sonetos de Ulises y Calypso» es un montar una historia sentimental sobre un tema mitológico. Es un ejercicio gongorino. En *Huésped de un tiempo sombrío* está apuntada una poesía de queja. Después en *Los*

imposibles pájaros vuelvo a ser neorromántico, y ya en *Los horizontes*, o en *El extraño,* entra mi poesía en una zona existencial.

—*El poema «Fútbol modesto», de* El árbol y otros poemas, *puede ser el principio de tu poesía social pero al mismo tiempo es todavía claramente sentimental.*

Quizá todos los poemas míos, aunque sean sociales, son un poco sentimentales. Incluso el más testimonial, y casi prosaico, como es «Renuncio a la luna», termina diciendo «mientras exista un niño sin pan y sin sonrisa», que es sentimental. En *Los horizontes* ya entra la poesía social. *Elegía en otoño* vuelve a ser neorromántica. En *El padre* y *El extraño* es donde podría estar el existencialismo de modo más evidente.

—*Después el existencialismo se convierte en un existencialismo social en* Teatro real, *donde hay un tono político que no había antes. Resulta curioso que es cuando dejas el Partido Comunista, hacia 1954, cuando empiezas a escribir una poesía más política.*

Es curioso. Puede ser. No he pensado en eso. No sé. Quizá porque veo más poesía de ese tipo en torno a mí. Al poeta le influye un poco lo que está ocurriendo en torno suyo. Están los libros de Celaya... *Teatro real* es del 57, pero está hecho antes, y yo no dejo mi manera de pensar.

24. 1980, Guillermo Díaz-Plaja y Leopoldo de Luis.
25. 1981, Leopoldo de Luis y Alfonso Guerra.

—En 1957 ya se ha incorporado plenamente una generación nueva. Ya no eres un poeta nuevo. Ya hay una generación más joven. Me refiero a Caballero Bonald, José Ángel Valente, Ángel González. ¿Cómo entra la poesía de Claudio Rodríguez, en plena época de poesía social?

Claudio Rodríguez tiene una gran aceptación por dos motivos que dan mucho prestigio en aquel entonces. Uno es la revista *Ínsula* y otro Vicente Aleixandre. Vicente elogia mucho a Claudio Rodríguez e *Ínsula* también, debido a la influencia que Aleixandre tiene sobre José Luis Cano.

—Inman Fox dice que Otero y Celaya consiguen romper la poética simbolista en España en torno al año 1954 y, curiosamente, por esas fechas es cuando publica Claudio Rodríguez un libro que es el retorno al simbolismo. Lo que nos interesa es que nos digas cómo se siente eso en el momento. Don de la ebriedad *es un libro más importante que* Arde el mar, *es más novedoso. La aparición de* Arde el mar *fue como un terremoto. ¿Qué pasa con* Don de la ebriedad?

No, un terremoto no se produce con Claudio Rodríguez. Un terremoto se produce con *Alegría* de José Hierro y con *Ángel fieramente humano,* de Blas de Otero. Ésos son los que producen una conmoción. Cuando viene Claudio Rodríguez ya ha pasado un esteticista como Ricardo Molina, que

26. 1983, Fundación Ruiz Mateos, Eladio Cabañero, Leopoldo de Luis y José Hierro.
27. 1985, José Gerardo Manrique de Lara, Leopoldo de Luis y Rafael Alberti.

también ha introducido en medio de la poesía realista y de protesta un verso más cuidado y más elegante y más tradicional. Más esteticista.

—*¿La poesía social es una poesía política?*

La poesía social es una toma de conciencia. Se olvida de las torres de marfil, se olvida de las delicuescencias sentimentales, y toma conciencia de una situación. En la *Antología de poesía social* defiendo que no es lo mismo la poesía social que la política. La poesía social se puede hacer desde cualquier postura. El caso es que asuma esos problemas de unas clases desfavorecidas y que se salga de las preocupaciones exclusivamente burguesas. No necesita un concepto político concreto. Es eso, una toma de conciencia, una preocupación, y un paso, que eso también se ha dicho, de la poesía del yo a la poesía del nosotros. No es solamente hablar de los problemas íntimos del poeta sino de unos problemas que afectan a muchas personas y sobre todo a distintas clases sociales. Prevalece el realismo sobre el simbolismo. Como la poesía en definitiva es una manera de ver el mundo, al cambiar esa manera de ver lógicamente cambia la poesía y, por eso, muchos poetas que hacían poesía social pasan a hacer otro tipo de poesía. Mi generación evoluciona hacia la reflexión filosófica, por lo menos yo.

28. 1989, José Gerardo Manrique de Lara, Luis Rosales, Antonio Porpetta y Leopoldo de Luis.
29. 1990, José Gerardo Manrique de Lara, Ricardo Gullón, Federico Torres Yagüe y Leopoldo de Luis.

—¿Gran parte de lo que estamos llamando poesía social no es más bien una poesía existencial?

Sí, se ha visto siempre. Por lo menos en mí se ha dado, creo yo. Porque en *Teatro real* hay poesía social, pero también hay poesía existencial. Conviene no correr el peligro de incurrir en la poesía filosófica, porque puede lastrar mucho la poesía.

—¿Y qué filósofos, pensadores, habrían influido en esa generación?

Influyeron los filósofos existenciales: Sartre, Camus, desde luego Kierkegaard, y ha influido Rilke. Después los filósofos me han interesado más o menos pero no me han influido, Wittgenstein y todo eso.

—¿Cómo ves ahora a tu generación y cómo crees que la ven?

Entiendo que algunos poetas de mi generación no han sido superados y siguen siendo los mejores poetas de la segunda mitad del siglo XX: Hierro, José María Valverde, Blas de Otero. Son poetas que no han sido superados por poetas posteriores, a mi manera de ver. Otros creo que han sido olvidados injustamente. Los poetas jóvenes han postergado injustamente a los de mi generación. La gente lee poco a Gabriel Celaya, que me parece un poeta absolutamente imprescindible en la segunda mitad del siglo XX, a Blas de Otero se le lee algo más, pero también muy poco.

30. 1995, Leopoldo de Luis, Francisco Ayala y Manrique de Lara.
31. 2001, Luis Filipe Sarmento, Leopoldo de Luis. Casa Fernando Pessoa, Lisboa.

—*¿Cómo ves la cultura española actual?*

En la cultura actual echo de menos grandes figuras, grandes guías. En mi juventud había grandes figuras que orientaban: Ortega, el propio D'Ors, por supuesto Unamuno, y estéticamente Azorín, por ejemplo. No digo que no la haya ahora, sino que yo no la veo. Quizá el último haya sido Aranguren, quizá algo también Pedro Laín, pero han desaparecido y no creo que hoy tengan gran influencia. Echo de menos una gran figura, ésa es la verdad, como echo de menos un gran poeta.*

* Un resumen de esta entrevista se publicó en la revista *Leer* nº 150, marzo de 2004.

32. 1993, Leopoldo de Luis en Toledo. Foto: Isabel Ibáñez.